

FLACO

Tiempo de lluvia.
Tiempo de silencio.

Un tiempo detenido entre gota y gota.
Un murmullo que no dice nada nuevo.
Un segundo que se queda quieto para no mojarse.
Un silencio que se guarda la novedad
hasta que no pueda más
y cante

“Vete de mí, cuervo negro. Vete ya, vete ya”

Se sonríe con una mueca imperceptible. En su cama, el cuerpo de lado, trata de ser agua abandonada al cauce de lo que fuera por venir. Ya ni siquiera siente el dolor, pero lo recuerda tan vívidamente que igual respira chiquito.

“No te quiero ver más, ni aquí, ni allá”

El tumor avanzó rápido, poco más de un año, pero los dolientes segundos son interminables. Lo peor ya pasó, convivir con la dificultad de adaptarse tan rápidamente al deterioro de su cuerpo. Abrir la puerta de casa y que un extraño lo llame abuelo, fue uno de los momentos más duros que recuerda haber vivido en sus sesenta y pico de años. Hoy ya no hay más deterioro posible. Como están las cosas, no deja de ser graciosa cierta pavonearía que recuerda de sí mismo.

Sus brazos eternos y flaquísimos cruzan delante desparramados en las sábanas y sus manos ya no se tocan. Tiene los ojos cerrados, no puede decir desde cuándo. La voluntad de abrirlos se le fue desgranando como una estatua de sal, incontenible.

“Quien canta es tu carozo pues tu cuerpo al fin tiene un alma”. Lo escuchó. No fue un recuerdo de otra época, o sí. Tampoco interesa de dónde viene esa melodía tan triste. Quizás del sur.

“Y si tu ser estalla será un corazón el que sangre”. No tiene miedo, solo está muy cansado de ser crisálida.

“Y la canción que escuchas tu cuerpo abrirá con el alba”. Sus ojos se abren y la novedad comienza a atravesarlos.

Un aire de alas parece refrescar la habitación. Es la brisa de enero que llega. Es el alba. Lo demás, ya es canción.